Aquí finalmente cayó mi Rocinante para jamas levantarse.

—Responde en buena hora, dijo Don Quijote. Sancho amigo, que yo no estoy para dar migas á un gato, según traigo alborotado y trastornado el juicio.

Con esta licencia, dijo Sancho á los labradores que estaban muchos al rededor dél, la boca abierta, esperando la sentecia de la suya.

—Hermanos, lo que el gordo pide no lleva camino, ni tiene sombra de justicia alguna, porque si es verdad lo que se dice, que el desafiado puede escoger las armas, no es bien que éste las escoja tales, que le impidan ni estorben salir vencedor; y así es mi parecer, que el gordo desafiador se escamonde, monde, entresaque, pula y atilde, y saque seis arrobas de sus carnes, de aquí ó de allí de su cuerpo, como mejor le pareciere y tuviere, y desta manera quedando en cinco arrobas de peso se igualará y ajustará con las cinco de su contrario, y así podrán correr igualmente.

—Voto á tal, dijo un labrador que escuchó la sentencia de Sancho, que este señor ha hablado como un bendito, y sentenciado como un canónigo; pero á buen seguro que no ha de querer quitarse el gordo una onza de sus carnes, cuanto más seis arrobas.

—Lo mejor es que no corran, respondió otro, porque el flaco no se muela con el peso ni el gordo se descarne, y échese la mitad de la apuesta en vino, y llevemos estos señores á la taberna de lo caro, y sobre mí la capa cuando llueva.

—Yo, señores, respondió Don Quijote, os lo agradezco; pero no puedo tenerme un punto, porque pensamientos y sucesos tristes me hacen parecer descortés, y caminar más que de paso: y así dando de las espuelas á Rocinante pasó adelante, dejándolos admirados de haber visto y notado así su extraña figura, como la discreción de su criado, que por tal juzgaron á Sancho: y otro de los labradores dijo:

—Si el criado es tan discreto, ¿cuál debe ser el amo? Yo apostaré que si van á estudiar á Salamanca, que á un tris han de venir á ser alcaldes de corte, que todo es burla, sino estudiar y más estudiar, y tener favor y ventura, y cuando menos se piensa el hombre se halla con una vara en la mano, ó con una mitra en la cabeza.

Aquélla noche la pasaron amo y mozo en mitad del campo al cielo raso y descubierto, y otro día siguiendo su camino vieron que hacia ellos venía un hombre de á pie con unas alforjas al cuello y una azcona ó chuzo en la mano, propio talle de correo de á pie, el cual como llegó junto á Don Quijote adelantó el paso, y medio corriendo llegó á él, y abrazándole por el muslo derecho, que no alcanzaba á más, le dijo con muestras de mucha alegría:

—¡Oh mi señor Don Quijote de la Mancha, y qué gran contento ha de llegar al corazón de mi señor el duque cuando sepa que vuesa merced vuelve á su castillo, que todavía se está en él con mi señora la duquesa!

—No os conozco, amigo, respondió Don Quijote, ni sé quién sóis, si vos no me lo decís.

—Yo, señor Don Quijote, respondió el correo, soy Tosilos el lacayo del duque mi señor, que no quise pelear con vuesa merced sobre el casamiento de la hija de Doña Rodríguez.

—¡Válame Dios! dijo Don Quijote: ¿es posible que sois vos el que los encantadores mis enemigos transformaron en ese lacayo que decís, por defraudarme de la honra de aquella batalla?

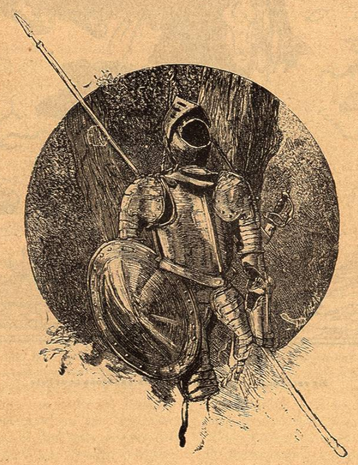
—Calle, señor bueno, replicó el cartero, que no hubo encanto alguno, ni mudanza de rostro ninguna: tan lacayo Tosilos entré en la estacada, como Tosilos lacayo salí della. Yo pensé casarme sin pelear, por haberme parecido bien la moza; pero sucedióme al revés mi pensamiento, pues así como vuesa merced se partió de nuestro castillo, el duque mi señor me hizo dar cien palos por haber contravenido á las ordenanzas que me tenía dadas antes de entrar en la batalla, y todo ha parado en que la muchacha es ya monja, y Doña Rodríguez se ha vuelto á Castilla, y yo voy ahora á Barcelona á llevar un pliego de cartas al virrey, que le envía mi amo. Si vuesa merced quiere un traguito, aunque caliente, puro, aquí llevo una calabaza llena de lo caro, con no sé cuántas rajitas de queso de Tronchón, que servirán de llamativo y despertador de la sed, si acaso está durmiendo.

—Quiero el envite, dijo Sancho, y échese el resto de la cortesía, y escancie el buen Tosilos á despecho y pesar de cuantos encantadores hay en las Indias.

—En fin, dijo Don Quijote, tú eres, Sancho, el mayor glotón del mundo, y el mayor ignorante de la tierra, pues no te persuades que este correo es encantado, y este Tosilos contrahecho: quédate con él y hártate, que yo me iré adelante poco á poco, esperándote á que vengas.

Rióse el lacayo, desenvainó su calabaza, desalforjó sus rajas, y sacando un panecillo, él y Sancho se sentaron sobre la yerba verde, y en buena paz y compañía despabilaron y dieron fondo con todo el repuesto de las alforjas, con tan buenos alientos, que lamieron el pliego de las cartas sólo porque olía á queso. Dijo Tosilos á Sancho:

—Sin duda este tu amo, Sancho amigo, debe de ser un loco.

—¿Cómo debe? respondió Sancho, no debe nada á nadie, que todo lo paga, y más cuando la moneda es locura: bien lo veo yo y bien se lo digo á él; pero ¿qué aprovecha? y más agora que va rematado, porque va vencido del caballero de la Blanca Luna.

Rogóle Tosilos le contase lo que le había sucedido; pero Sancho le respondió que era descortesía dejar que su amo le esperase, que otro día si se encontrasen habría lugar para ello: y levantándose después de haberse sacudido el sayo y las migajas de las barbas, antecogió al rucio, y diciendo adiós, dejó á Tosilos, y alcanzó á su amo, que á la sombra de un árbol le estaba esperando.